

El papel fue depositado en la mesa, frente a todos los hombres sentados a su alrededor. Algunos lanzaban miradas de preocupación a la tinta roja que lo cubría. Se elevaron murmullos de desconfianza, incluso de miedo. Alguien se atrevió a cogerlo, y todos le miraron, expectantes. Se escuchó una tosecilla nerviosa.

-Sí... bueno... -el hombre miró a un lado, al otro, y volvió a centrar la vista en el papel.- El caso es que...

-¿Se puede saber a qué esperas?-preguntó una voz al otro lado de la mesa, firme, segura y con tono autoritario.

-Sí, señor. Lo siento, señor.-se disculpó el hombre que había tomado el papel, y siguió hablando.- Según este informe... eh... Los ingresos de la Universidad están... ah... en...

-¿Sí?

-Están en negativo, señor. Somos la institución del Gremio con las menores ganancias anuales.

El propietario de la voz autoritaria, presidiendo la mesa, suspiró. Bajo su determinación externa, en el fondo no entendía nada de lo que estaba pasando. O mejor dicho, tenía una idea muy clara al respecto. Era como si su antecesor hubiera dedicado su vida a transformar la Universidad, con todo su esfuerzo, en un inmenso trozo de tierra inútil y poco rentable.

Era su segundo año como director, y el primero había sido un año de desilusiones, proyectos abandonados y constantes gastos en todo tipo de cosas. Estaba seguro de que tales gastos no tenían una fuente única, sino que salían de todas partes, como el enjambre de cucarachas elementales del sótano del edificio de los grados arcanos superiores.

-Me temía algo así.-dijo el director.- Pero qué se le va a hacer. Doy la reunión por finalizada. Recuerden que la reunión para tratar posibles medidas de ahorro está programada para dentro de dos días.

Los hombres, en su mayoría ancianos, se fueron levantando uno a uno y desapareciendo por la puerta hasta que el director quedó solo en la sala de reuniones del Consejo. Él también se levantó, dio un par de vueltas a la sala, miró a su alrededor y se dirigió a su despacho. Por el camino, se cruzó con el técnico de limpieza del edificio de Administración. Tuvo lugar un rápido intercambio de saludos, como cada vez que se encontraban, y cada uno siguió su camino.

El director empujó una puerta cuyo marco estaba bellamente ornamentado, aunque gastado por el tiempo, y la cual tenía a su lado un cartel que lucía su nombre, dejó un fajo de papeles sobre una mesa junto a la entrada y se sentó en el escritorio. Cualquiera otro habría pensado que el trabajo del director de la Universidad estaba relacionado con documentos

administrativos, y que implicaba un extenso uso de utensilios de escritura, cartas a gente importante, papeles llenos de cálculos y cuentas, y ese tipo de cosas. Y no se habría equivocado. Pero esa ocasión era especial. Tenía dos días para no hacer absolutamente nada.

El director alcanzó un papel en blanco del otro extremo del escritorio y comenzó a doblarlo. La imagen de aquello que quería conseguir se proyectaba nítida en su mente.